

500 años del nacimiento de Martín Lutero

La comunidad religiosa luterana de todo el mundo conmemoró ayer el 500 aniversario del nacimiento del padre de la reforma, Martín Lutero. El 10 de noviembre de 1483 veía la luz en Eisleben (Turingia), localidad que con la división de Alemania quedó encuadrada en la zona oriental, en la República Democrática de Alemania (RDA). Lutero, con su insistencia en la necesidad de la reforma permanente de la Iglesia, abrió nuevas vías al cristianismo y desencadenó un movi-

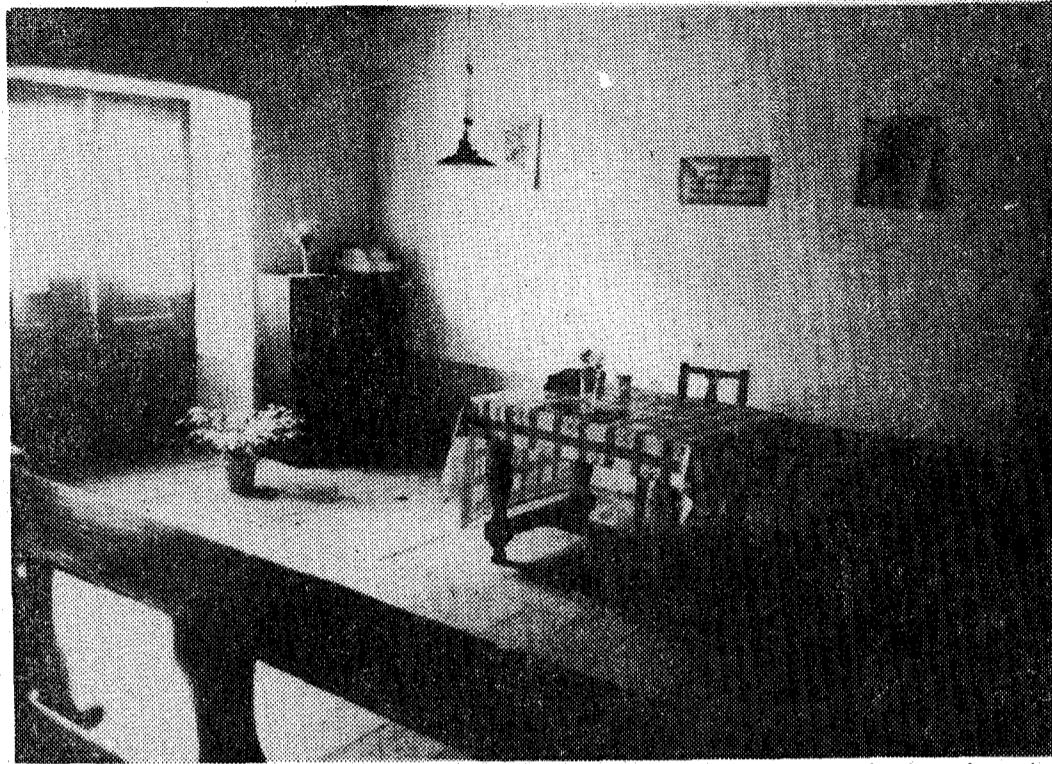
miento histórico de hondas repercusiones.

Perseguidas y condenadas sus teorías durante mucho tiempo, hoy parece iniciarse un proceso de reconciliación con la obra del agustino alemán, que fue excomulgado. La conmemoración del quinto centenario del luteranismo ha servido este año para que se estrechen mayores vínculos entre las dos Alemanias, con colaboraciones en actos conjuntos que hacen renacer un viejo espíritu.

La reforma pervive también, hoy, en Asturias. A las comunidades existentes en Oviedo, Gijón y Avilés hay que sumar la de una pequeña aldea de Cangas del Narcea, Besullo, pueblo natal de Alejandro Casona, que es el lugar del Principado donde, hace años, arraigó uno de los más importantes y tradicionales núcleos del protestantismo por estas tierras. Hoy, en Besullo, tan sólo tres personas profesan el luteranismo.



Los luteranos tienen su cementerio propio en Besullo. Manuel posa junto a una lápida, la única que había, de una prima suya.



Manuel y Dina aún conservan intacto el local donde su padre celebraba los cultos. Una decoración austera, desprovista de la criticada iconería, servía de marco a las reuniones.

Una confesión arraigada en el sur de España

Madrid, Efe

Ayer se cumplió el quinto centenario del nacimiento de Martín Lutero, primer abanderado de la reforma que se llamó protestante.

Las Iglesias luteranas tienen en la actualidad unos setenta millones de fieles y forman, después de los católicos y los ortodoxos, la tercera familia confesional. Dentro del protestantismo son la primera, con mayor número de fieles que las de origen calvinista y anglicano.

Se hallan extendidas en más de 80 países, siendo los más importantes las dos Alemanias, los países escandinavos y Finlandia, donde pueden considerarse como Iglesias nacionales.

En España hay grupos de luteranos en la llamada Iglesia evangélica de habla alemana y, sobre todo, en los centros turísticos de Baleares, Canarias, la Costa del Sol, Costa Brava y las zonas marítimas de Alicante, Castellón y Murcia.

Según la guía pastoral del ecumenismo del Secretariado de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales, los luteranos son los habituales usufructuarios del centro ecuménico de Fuengirola (Málaga) y del de Maspalomas, en Gran Canaria.

Los luteranos afirman, según la doctrina de Lutero, que la justificación se consigue sólo por la fe, sin necesidad de obras meritorias. Admiten la escritura, pero rechazan la tradición y admiten tan sólo dos sacramentos: el bautismo y la cena. Creen en la presencia real de Cristo en la eucaristía, pero tan sólo durante su celebración. Para muchos luteranos, la Iglesia es invisible, ya que está formada por la congregación de los santos y la de los verdaderos creyentes.

Actos conmemorativos en Alemania

Berlín, Efe

Con misas y actos conmemorativos, la Iglesia y el Estado germanooccidentales conmemoraron el 500 aniversario del nacimiento del reformador religioso Martín Lutero.

En Eisleben, la ciudad donde nació y murió el filósofo, y en Leipzig, comenzaron diversos actos ecuménicos con la participación de la jerarquía protestante y el cardenal Jan Willibrand, director de la Secretaría para la Unidad de los Cristianos.

El jefe del Partido Unitario Socialista (comunista), Erich Honecker, y otros altos dirigentes también participaron ayer en el acto de inauguración de estas festividades.

La agencia oficial de la RDA, «ADN», informó que Honecker en un discurso ante el Cuerpo diplomático acreditado en Berlín dijo que en el homenaje a Martín Lutero han cooperado el comité estatal de la RDA «Martín Lutero» y el comité de las Iglesias protestantes de este Estado.

En su alocución, el dirigente reiteró la postura de la República Democrática Alemana sobre el peligro que corre la paz y censuró la política de enfrentamiento y de rearme de «los círculos agresivos de Estados Unidos».

Tres personas integran hoy la que fuera próspera comunidad protestante en Cangas del Narcea

Los últimos luteranos de Besullo

La pequeña aldea en que nació Alejandro Casona llegó a contar con 50 fieles de esta religión



Los últimos luteranos de Basullo viven de la agricultura y la ganadería. Existe tradición de «ferreiros» en la familia. «pero ya nadie se dedica a ellos».

Besullo (Cangas del Narcea). Evelio G. PALACIO. Fotos Jesús FARPON. Tres personas, un padre, que en su época hizo las veces de pastor de la comunidad, y sus dos hijos, son los últimos protestantes de Besullo, una aldea de poco más o menos un centenar de habitantes, a casi veinte kilómetros de Cangas del Narcea. Lo que en otro tiempo fue una esplendorosa comunidad luterana —si no por un número excesivo de fieles (siempre se habló de medio centenar), si por la intensidad del culto y lo paradójico del arraigo de la doctrina reformista en tan sin par lugar— queda hoy reducido a los últimos miembros de la familia Rodríguez que aún sigue en la aldea: David Rodríguez, un anciano de 87 años que padece una enfermedad que le mantiene recluido en su dormitorio, y sus dos hijos, Manuel, de 65 años, y Dina, de 51.

Ayer, cuando se cumplía el 500 aniversario del nacimiento de Martín Lutero, esta testimonial comunidad protestante de Besullo vivía un día como otro cualquiera. Manuel y Dina algo habían escuchado en la televisión, pero no sabían a ciencia cierta cuándo era la fecha exacta. Daniel, su padre, el que durante muchos años hiciera las funciones de pastor luterano aunque nunca tuvo estudios de teología ni de religión, por su edad y por la enfermedad que le mantiene postrado, no está en condiciones de recordar nada. Para la familia Rodríguez, poco amiga de conmemorar algo y menos simbolismos religiosos, los 500 años del iniciador de la reforma eclesial transcurrieron como los días que hasta ahora ha vivido sin salir de Besullo.

El pueblo de Alejandro Casona

Esta aldea canguesa, a la que se accede por una asfaltada carretera con verdín entre la brea, de la umbra y el poco tránsito, bien puede recordar el ambiente campesino en que se formó el padre de la reforma protestante. Punto final del camino, casi lo primero que se divisa al llegar a Besullo, en una hondonada, es su cementerio. La carretera ha llevado a la aldea todas las comodidades de la vida urbana, aunque sigue conservando el sosiego y el encanto de los miles de pueblos rurales asturianos. En Besullo nació, alusión imprescindible, el escritor Alejandro Casona. Los vecinos aún muestran con orgullo la casa natal del literato, «la casa de los siete balcones», una vasta edificación casi en el centro del pueblo, en uno de los lugares más altos. La casa de los últimos lute-

ranos es una construcción de 1830 que guarda simetría con toda la arquitectura asturiana de la época: muros anchos, distribución espacial similar, rápida comunicación entre las dependencias de laboreo y las habitaciones y un pequeño corral amurallado, al que, por urgencias del progreso de las comunicaciones, hoy cubre una panera que tuvo que desasentar sus pegoyos para dejar paso a la carretera. En esta misma casa habitó el abuelo Manuel Rodríguez, hace casi un siglo, uno de los fundadores de la comunidad.

Hoy, de aquella época, sólo se conserva la casa, el local que fue escuela y a la vez lugar de culto, y el cementerio. Los luteranos de Besullo tienen su cementerio aparte. Está al otro lado del católico, en un pequeñísimo recinto salvaguardado por un alto muro, lleno de yedras. En apenas 100 metros cuadrados yacen miembros de tres generaciones de protestantes que quisieron ser fieles a sus raíces. La yerba está crecida; por el suelo, al azar, están tendidos tres gladiolos. Sobre el verde sobresale una lápida, como arrancada de otro cementerio. Es la única que

hay. Del resto de enterramientos no existe la mínima señal. «Es mi prima —dice Manuel—. Nosotros no celebramos la festividad de Todos los Santos, ni recordamos de manera especial a nuestros muertos. O están en el cielo o en el infierno, para nosotros no existe purgatorio, así que las oraciones no tienen sentido».

Los inicios en 1870

Nadie sabe con seguridad cómo fueron los inicios de este peculiar movimiento reformista en pleno occidente asturiano. Manuel Rodríguez, el abuelo fundador, lo introdujo en Besullo allá por el año 1870, aunque no hay ningún documento que lo acredite. No había ningún antecedente en la zona y la única ilación que puede establecerse apunta hacia la importación directa de la doctrina luterana de Madrid. Lo único que se sabe es que Manuel Rodríguez, ferreiro (en Besullo existió una importante industria de fraguas y batanes que alimentaba el río), un buen día se marchó a la capital de España y, al regreso, con una fe luterana en boga por aquel entonces, se convirtió en un prosélito de la reforma. El y otras gentes de la aldea comen-

zaron a extender la doctrina de Martín Lutero. Los descendientes de tres familias mantuvieron el culto en la aldea. La última rama de ese árbol genealógico que hoy queda son los hermanos Rodríguez.

Una parte del pueblo profesaba la fe católica y la otra la luterana. En Besullo hay dos capillas católicas y el párroco vive en la aldea. Al principio, recuerdan Manuel y Dina, recogiendo las historias que les contó su padre, los tiempos fueron difíciles: «Eramos mal vistos y, con un cura viejo, hubo mil y un problemas». La guerra civil y la llegada de la dictadura acrecentó las complicaciones. Hubo hasta demandas judiciales y la Guardia Civil se acercó más de una vez por Besullo para «censar» a los luteranos. Estaban proscriptos y no celebraban culto.

Daniel Rodríguez, hijo de Manuel, continuó el culto luterano. Tenía unas especiales dotes para transmitir el mensaje del Evangelio a los fieles y, sin ser pastor, se erigió en el guía de todas las reuniones. Los cultos se celebraban en una pequeña habitación de la casa, que hacía también las veces de escuela —durante un tiempo

hubo hasta maestra luterana—. Hoy está desusada para estos menesteres, aunque conserva intacta la decoración de antaño: Una sencilla mesa con un mantel de cocina, unos pupitres viejos y unas frases orladas pegadas por las paredes. Los protestantes no veneran imágenes. «Dios lo prohíbe», dice Manuel, y dar a leer el capítulo 20 del libro del Exodo, en traducción luterana. Manuel es parco en palabras: «Yo no sirvo para predicar, pero mi padre sí. El tenía mucha facilidad de palabra». Todo lo aprendió, por tradición oral, de él, aunque también profundizó su conocimiento de la religión, que asegura profesar con «plena fe», por libros y revistas que recibe en su casa.

Todas las enseñanzas del abuelo Manuel las heredó su descendiente Daniel, que tuvo nueve hijos. Hoy, todos, excepto Manuel y Dina, están desparecidos por el mundo.

Un día como otro cualquiera. Atendía a los luteranos de las tres familias que, genealógicamente, estaban emparentadas entre sí. Poco a poco, «por conveniencias», muchos fueron abnegando de la nueva fe: «Unos se casaban y cambiaban

a la religión católica, otros por razones laborales, dejaban el luteranismo. Es que, si no, no se podía ocupar ningún puesto de responsabilidad y casi ni tener trabajo. Estaba prohibido para los protestantes». La ausencia de fieles acabó con los cultos, en donde se leía la Biblia y se reflexionaba sobre los pasajes. Aún el local en desuso conserva apilados himnarios y evangelios. La enfermedad del pastor Daniel acabó por extinguir las de por sí ya escasas reuniones luteranas. Sus hijos hablan de él con devoción, de su claridad, de su facilidad para comunicar su fe: «Si ustedes pudieran hablar con él... pero está muy mal, esta en la cama y no coordina bien los pensamientos. Son 87 años y la enfermedad». Pero en su mejor época reunía a sus nueve hijos, el menor en brazos, y les cantaba himnos a la luz del llar en la cocina.

Dicen Manuel y Dina que en Madrid, en la sede central de la comunidad luterana española, tiene que haber documentos sobre la fundación de la comunidad de Besullo. Muchos pastores se han sorprendido por la presencia de este foco, espacialmente aislado y, pese a ello, en su época, floreciente. Si el ambiente rural propicia de por sí el conservadurismo no deja de sorprender el arraigo de ideas reformistas, y más acerca de lo divino, en un pueblo de montaña del occidente asturiano.

Dina (nombre de la única hija de Jacob) y Manuel siguen recibiendo revistas luteranas en esta remota aldea asturiana. Nunca tuvieron enfrentamientos con los vecinos. «Nos llevamos muy bien; como son tantos años, ya lo ven normal. Incluso el cura que había antes jugaba a las cartas con mi padre. El de ahora vino a verle cuando enfermó, hace tres años. Desde que vinieron estos curas jóvenes, siempre nos respetaron mucho», asegura Dina. Tienen la certeza de que, después de ellos, ya no habrá más protestantes en Besullo. A Manuel le da pena, «pero así lo quiso el Señor». Dina sostiene una revista de alguna de las fracciones reformistas que dedica la portada al quinto centenario del nacimiento de Lutero: «Yo algo había oído de esto, pero no sabía que era hoy. Bueno, es un día como cualquier otro».